

ACTO SEGUNDO

LA REPRESIÓN

Representa la escena un espacio cercado, á espaldas de la casa de Don Diego Acuña de Carvajal, cerca de Amberes, en el campo.

Cierran este espacio, formando un patio irregular y rústico, sencillas bardas de madera: en estas bardas, hacia el fondo derecha, una entrada, sin puerta, formada por dos tablones altos y otro horizontal, con cubierta de paja.

Toda la parte izquierda del escenario la ocupa la fachada posterior de la casa, que estará colocada en sentido transversal. En dicha casa, balconada de madera.

En el muro de la derecha, en primer término, cobertizo enano con trampa, destinado á los corrales. Por sobre las bardas de madera asoma la copa de un árbol gigantesco.

El cielo sereno y limpio de las primeras horas de una mañana de Mayo.

Un grupo de guardias suizos se supondrá detrás de las tapias de madera. Algunos de ellos estacionan delante de la puertecita de las mismas y hablan entre sí.

La casa tendrá dos puertas: una con dos peldaños que da acceso á ella, y á su lado otra más pequeña y de menor importancia que comunicará con la cocina y bajas dependencias.

Al levantarse el telón, por breves instantes, estará la escena sola sin otro accidente que los soldados del fondo.

Luego se abre una puertecita pequeña y entra en escena la Groninga, que llevará en su delantal recogido, grano y hortaliza para los corrales.

UN SOLDADO

(Atreviéndose á entrar en el patio, cuando ve asomar á la Groninga.)

¡Gracia de Dios al alba lisonjera!

GRONINGA

(Atravesando la escena para abrir la trampa de los corrales.)

¡Cumplido amanecéis, meser soldado!

SOLDADO

(Acercándose á ella.)

¿No os quedará, mesera, del grano, en que sois pródiga, un puñado? Es para mi caballo, que ha sabido ganarle al viento, pero está rendido.

GRONINGA

Caballo y caballero llamen, meser soldado, á otro granero; que si mucho padecen, es todavía más lo que merecen.

SOLDADO

¿Arisca y sin entrañas?

GRONINGA

(Acabando de atender á los corrales y cerrando la trampa.)

¡Bueno fuera, cuando potro y soldado andáis metiendo espanto en el Condado, que todavía yo vos socorriera!

(Encoge los hombros, desdeñosa.)

SOLDADO

Pues servimos, mesera, al mismo dueño.

GRONINGA

(Volviéndole la espalda.)

¡No del mismo grado!

SOLDADO

Pero...

(Va á adelantar; se abre en esto la puertecita pequeña y aparece Potter en escena. El soldado vuelve á salir del patio, reuniéndose con los suyos, que estarán á la parte exterior.)

POTTER

¿Ha salido Monseñor?

GRONINGA

Le espera la escolta armada, como cada día.

POTTER

¿Y dama Magdalena?

GRONINGA

Todavía no ha querido mi suerte que la viera.

POTTER

(Mirando de reojo y con ira manifiesta el piquete armado, cuyos hombres asoman de vez en cuando.)

¡Veneno se me torna en las entrañas,
mirándoles, la sangre!

GRONINGA

(Hablandole con misterio.)

Me han contado
que incendiaron ayer unas cabañas,
donde estaba un rebelde refugiado.

POTTER

¡Y dama Magdalena, cada día
más ciega!

GRONINGA

Ama á Don Diego...

POTTER

¡Error aciago
fué no poner remedios al estrago
cuando apenas nació!
Meser Juan Pablo...

GRONINGA

No es culpado en ello
nuestro viejo señor; bien ha sufrido,
que ha puesto en sólo el tiempo transcurrido
todo blanco el cabello.

POTTER

¡Antes ella muriera
qué yo á un hombre de España la cediera!

GRONINGA

Cuando se desposaron,
daba el rey español pruebas tan grandes,
que todos afincada imaginaron
la paz perpetua en Flandes.

POTTER

(Con desdeñosa ironía.)

¡La paz!... Tú mira ahora
en qué extremos ha puesto
aquel error funesto,
cegándola en su daño, á tu señora.

(Va enumerando los males con los dedos.)

Meser Juan Pablo errante... Ama á su tierra
y corre, armando levas, el Condado,
rebelde, huraño, á preparar la guerra
y á no vivir con su enemigo al lado.
Monseñor Diego, de su parte, alzado
por España al Consejo de Justicia,
persigue á los rebeldes, amparado
del brazo ejecutor de la milicia.
La venganza, una espada, arma al anciano;
la justicia, otra espada, asiste al mozo,
y los dos, con las armas en la mano,
van al fatal destrozo.

Cuando las dos espadas
se crucen, sin remedio,
cogerán despiadadas
el corazón de tu señora en medio.

(Apenas termina, cruje la puerta de la casa, que estaba entornada, y se abre, para dar paso á Don Diego Acuña y Magdalena. Viste Don Diego severo traje, al gusto español de los nobles de la época. Sin decir palabra, descienden la gradilla y llegan, encaminándose á la puertecilla del fondo, hasta el centro de la escena. Potter, en cuanto les ve, hace á la Groninga señal que guarda silencio, y él y la moza se internan en la puertecita para ver á sus amos, sin ser vistos. Movimiento en los soldados, que hacen formación en lo exterior desde que aparece Don Diego.)

MAGDALENA

(Llegando al centro de la escena.)

¿Tardarás?... No me engañes.

DON DIEGO

No te engaño:

sólo dos horas.

MAGDALENA

Dos eternidades.

DON DIEGO

(Risueño, enamorado.)

Fuera yo capitán, como era antaño,
y hablaras con razón de soledades.

MAGDALENA

Si fueras capitán, te seguiría;
no muerta, como canta la balada,
viva.

DON DIEGO

¿Y si el capitán no lo quería?

MAGDALENA

¡Mi propio corazón le colgaría
entre los gavilanes de su espada!

DON DIEGO

Pues no soy capitán, soy Consejero,
y amor es poco amigo de consejos.

MAGDALENA

Por eso abjuro y apartarte espero
de ese oficio de viejos.

DON DIEGO

(Incitándola á seguir andando.)

¡Tardo ya!

MAGDALENA

(Con mohín de disgusto.)

¡Bien te pesa, por mi vida!
No tardes más, volviendo.

DON DIEGO

Pues por eso:
todo el tiempo que tardo en la partida
va á cuenta de tardarlo en el regreso.

MAGDALENA

Si ello es cierto, ve pronto.

DON DIEGO

No te digo
«queda con Dios» porque te vas conmigo.

*(A un soldado, que estará á la
puerta.)*

¡Mi caballo acercad!

*(Desaparece el soldado. A Magda-
lena.)*

La mano...

MAGDALENA

*(Dándole la mano y atrayéndole
cuando él la estrecha.)*

¡Un beso!

*(Se abrazan: vuelve á aparecer el
soldado con el caballo, y ellos dos*

*van juntos hacia la puerta. Potter y
la Groninga avanzan un poco para
ver mejor.)*

GRONINGA

Ella es rayo de sol en el aurora...

POTTER

El es color de acero y de tormenta.

*(Teniéndole un soldado el estribo,
cabalga Don Diego. Magdalena que-
da agitando su lienzo blanco.)*

GRONINGA

Paloma al aire, el lienzo de ella ahora.

POTTER

Huirá del gavilán que la amedrenta.

GRONINGA

Toda es oro, á este sol, nuestra señora.

POTTER

En un ocaso la verás sangrienta.

*(Se aleja de la puerta Magdalena.
Isabel Clara, apenas acabaron de
hablar Potter y la Groninga, asomó
en la de la casa, presenciando la
despedida de Don Diego. La Gro-
ninga se interna en la cocina. Pot-
ter vuelve á andar hacia la puerta*

del fondo, y al cruzarse con Magdalena, que viene en busca de su hermana, la hace acatamiento respetuoso y cariñoso en la mano. Magdalena sonríe, agradecida. Sale Potter por el fondo.)

ISABEL

Siempre igual; no pasa el tiempo para ti.

MAGDALENA

Sí, pasa, hermana; pero no viene á segarme las mieses, sino á doblarlas; tiempo es de Mayo, y me trae más rosas cada mañana.

ISABEL

Viéndote estaba, y, al verte, reviviendo horas pasadas, cuando tu Don Diego herido, á las puertas de la casa, él te contaba sus hechos, tú, escuchándole, temblabas, daba el sol, pasaba el sol, y no acababan las pláticas.

(Habrà en el patio medios tonos y macetas de barro con rosales; mientras Isabel se habrá sentado junto á la mesa, Magdalena vá de un rosal á otro cortando flores. Cuando tiene unas cuantas, se sien-

ta junto á su hermana y empieza á hacer un ramo. Le sorprende haciéndolo la entrada de Hans Bol y Berta.)

MAGDALENA

¡Cuántas noches, al cerrarnos de recogida, en la estancia, con tus funestos augurios me hiciste llorar, hermana! ¿Los recuerdas?

ISABEL

(Con melancolía.)

¡Más que nunca!

MAGDALENA

(Acariciándola, al acercarse á la mesa para dejar en ella algunas flores.)

¡Pobrecita Isabel Clara, que le da miedo la vida y no se atreve á gozarla!

(Imitando la voz compungida de su hermana al darle consejos.)

«Padre no querrá que cases»... Casé. «Dos sangres, dos razas os separarán»... Vivimos en tan estrecha alianza, que el tiempo, has dicho tú misma, para nosotros, no pasa. «No bendecirán los cielos

vuestra unión»... ¡Y el cielo manda
que las sonrisas de un hijo
florezcan en nuestra casa!
Maestra de profecías
no serás, que acaso erraras.

ISABEL

¡Y así no acaben mis yerros
en profetizar desgracias!

MAGDALENA

No... porque en una acertaste
¡y plegue á Dios enmendarla!
¡Padre no es nuestro! á sabiendas,
de nuestra casa se extraña,
y, estando Don Diego, en ella
jamás ha puesto su planta.
Tan de tarde en tarde viene,
que, desde que estoy casada,
puedo contar los inviernos
por las nieves de sus canas.

ISABEL

Madre tampoco le ha visto
parar, de asiento, en su casa;
va errante por el Condado...

MAGDALENA

¿Qué irá haciendo?... Diego calla
cuando le pregunto. Al cabo
que en esta vida agitada
que nosotros tres llevamos,

cambiando asiento y estancia
siempre en servicio del rey,
no nos siga, no me extraña;
yo misma, porque Albertino
no sufriera en las mudanzas,
le he confiado al cariño
de nuestra madre, en su casa.
Pero que tampoco allí
vaya padre; que nos traigan
noticias de él los que errante
por los caminos le hallan,
me llega al alma, y me digo
si habré yo sido la causa.

*(Terminada la faena de coger flores,
pensativa y melancólica, se dirige
ahora hacia la mesa.)*

ISABEL

Padre á su Flandes adora;
dice...

MAGDALENA

Lo recuerdo, hermana:
dice «quiero hollar de Flandes
todo el suelo con mis plantas;
quiero recoger la tierra
que levanten mis pisadas;
quiero, mientras vivo aliente,
devotamente guardarla,
y quiero, cuando me entierren,
por si lo hace gente extraña,
que sólo cubran mis huesos
con esa tierra sagrada».

ISABEL

(Insistiendo.)

Padre á su Flandes adora ;
si hoy su Flandes amenazan...

MAGDALENA

¿Quién?... ¿No dió España la paz?

ISABEL

La prometió. Las guirnaldas
que festejaron la paz
ya están secas.

MAGDALENA

Pienso, hermana,
que he sido hasta hoy tan dichosa,
que tenté á Dios... Rosa ufana,

(Cogiendo una rosa abierta y mirándola con melancolía y presentimiento.)

ya se abrió entera mi vida :
sólo falta deshojarla.

(Desde hace un momento se dejará oír un tumulto cerca de la puerta; las dos hermanas, callándose para parar mientes en él, oirán voces de auxilio que las sabresaltan. Cuando Magdalena se pone en pie para acudir á lo que sea, entran por la puertecita del fondo Hans Bol y Berta, seguidos de dos ó tres

vecinos, que con muestras de desesperación y angustia rodean á las damas.)

BERTA

(Casi á los pies de Magdalena.)

¡Las buenas damas!

HANS

(Lo mismo.)

¡Señora!

MAGDALENA

(Acogiéndolos á todos.)

Decid... ¿Qué ocurre?

BERTA

(Juntando las manos.)

Os pedimos
protección.

HANS

¡Por las dos manos
inocentes de vuestro hijo!

BERTA

¡De todas nuestras cabañas
se escapan voces de auxilio!